

Nathan Harris

LA DULZURA DEL AGUA

Traducido del inglés por Maia Figueroa Evans

Título original: *The Sweetness of Water*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Brandt & Hochman Literary Agents, Inc., a través de Yañez, parte de International Editors' Co. S.L. Literary Agency.

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Nathan Harris

© de la traducción: Maia Figueroa Evans, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-696-3

Depósito legal: M. 7.594-2022

Printed in Spain

Capítulo 1

Había transcurrido todo el día y George Walker aún no había hablado con su esposa. Por la mañana se había marchado al bosque a seguirle el rastro a una bestia que se le escapaba desde la niñez, y ya empezaba a oscurecer. Había visto al animal al despertar, en su imaginación, y perseguirla le provocaba una sensación de aventura tan satisfactoria que en todo el día no había sido capaz de pensar en volver a casa. Era la primera de esas excursiones de toda la primavera y, mientras pisaba hojas de pino rotas y esquivaba las setas infladas por la lluvia matinal, había llegado a un terreno que aún no había explorado por completo. Estaba convencido de que el animal siempre andaba un paso más allá de hasta donde le alcanzaba la vista.

La tierra que su padre le había legado tenía más de ochenta hectáreas. Los grandes robles rojos y los nogales que rodeaban su casa atenuaban la luz del sol hasta convertirla en poco más que un suave centelleo filtrado entre las ramas. A muchos los conocía de sobra, como si fuesen meros carteles, pues llevaba estudiándolos muchísimos años, desde la infancia.

La maleza que George encontró le llegaba a la cintura y estaba llena de cadillos que se le enganchaban a los pantalones. En los últimos años había desarrollado una cojera que él

achacaba a haber pisado mal el suelo del bosque al salir de la cabaña, aunque sabía que se mentía: había aparecido con la persistencia y el progreso constante de la edad, tan natural como los surcos de la cara, las canas. La cojera lo frenaba, y cuando se detuvo a recobrar el aliento y se fijó en su entorno, se dio cuenta de que el silencio dominaba el bosque. El sol, que apenas unos momentos antes había estado sobre su cabeza, se había diluido en el extremo más alejado del valle y ya casi no se veía.

«Maldita sea...»

No tenía ni idea de dónde estaba. Le dolía la cadera como si tuviera algo encajado dentro, intentando escapar. Enseguida lo abrumó la necesidad de beber; tenía el paladar tan seco que se le pegaba la lengua. Tomó asiento en un tronco pequeño y esperó a que oscureciese del todo. Si las nubes cedían, aparecerían las estrellas: esa era toda la orientación que necesitaba para regresar a casa. Por mucho que errase el tiro, la ruta lo devolvería a Old Ox, y aunque aborrecía la mera idea de ver a cualquiera de esos individuos lamentables y desesperados del pueblo, al menos uno de ellos le ofrecería un caballo con el que volver a la cabaña.

Durante un momento le vino su esposa a la cabeza. A esas horas era habitual que él llegase a casa, y la vela que Isabelle dejaba en el alféizar de la ventana guiaba sus últimos pasos. A menudo ella le perdonaba esas ausencias tras un abrazo largo y silencioso en el que la tinta negra de los árboles le dejaba tenues huellas de las manos en el vestido, lo que la irritaba de nuevo.

El tronco donde se había sentado bostezó y a George se le hundió el trasero en la tierra anegada. Entonces, cuando hizo el ademán de levantarse para sacudirse el agua, los vio delante de sí. Dos negros vestidos con ropa similar: camisas de algodón blanco sin abotonar y unos pantalones andrajosos que más bien parecían sacos de arpillera mal tejida. Estaban pe-

trificados y, si la manta que tenían delante no hubiera ondeado al viento como una bandera que señalase su presencia, podrían haberse confundido con el entorno.

El que estaba más cerca le habló.

—Nos hemos perdido, señor. Pero no nos haga ni caso, enseguida nos vamos.

La imagen se volvió más clara, y no fueron las palabras lo que más sorprendió a George, sino que el joven tenía precisamente la misma edad que su hijo Caleb. Que su compañero y él hubiesen entrado en su propiedad sin permiso era del todo irrelevante. Con el tono nervioso con el que había hablado, con esa mirada que iba de un lado a otro como la de un animal escondiéndose de un depredador, el joven se había ganado la compasión de George, tal vez el último resquicio que le quedaba en el corazón, que, por lo demás, tenía roto.

—¿De dónde venís?

—Somos del señor Morton. Bueno, éramos.

Ted Morton era un zoquete; un hombre que, si alguien le ofreciese un violín, sería tan capaz de rompérselo contra la cabeza para oír el ruido como de frotar las cuerdas con el arco. Sus tierras bordeaban las de George. Cuando surgía algún problema (algún fugado, más que nada), el espectáculo que se producía, plagado de capataces armados, perros de hocicos enormes y farolillos que iluminaban tanto que impedían que nadie durmiese, era tan desagradable que a menudo George delegaba en Isabelle toda comunicación con esa familia para evitarse el mal trago. Sin embargo, encontrar en su tierra algo que antes era propiedad de Morton era en sí mismo una paradoja de agradecer: la emancipación de los esclavos significaba que ese bufón no podía hacer nada si estos se marchaban, y por mucho que le gustase hacer gala de su poder, aquellos dos hombres eran libres de estar tan perdidos, en ese caso, como George.

—Disculpas —dijo el de delante.

Se pusieron a doblar la manta, a recoger un cuchillo pequeño, un poco de vaca curada y unos pedazos de pan, pero pararon al ver que George continuaba hablando. Recorría el suelo con la mirada como si buscara algo que hubiera perdido.

—Estaba siguiendo a una bestia de un tamaño considerable —dijo—. De color negro; capaz de sostenerse sobre dos patas, aunque lo habitual es que camine a cuatro. Hace años que no veo a la criatura con mis propios ojos, pero a menudo me despierto con la imagen en la cabeza, como si intentara alertarme de que está cerca. A veces, cuando estoy a punto de dormirme en el porche, el recuerdo me viene con tanta fuerza, tanta claridad, que me recorre la mente como un eco, dando brincos de sueño en sueño. En cuanto a seguirle el rastro, debo decir que me lleva ventaja.

Los dos hombres se miraron y después observaron a George.

—Pues... vaya, qué curioso —dijo el pequeño de los dos.

Con los últimos retazos de luz, George distinguió los rasgos del alto, un hombre cuya mirada era tan plácida y delataba tan poca emoción que parecía simple. Tenía la mandíbula abierta de par en par y dentro de la boca se le veía una hilera inclinada de dientes. Era el otro, el pequeño, el que hablaba todas las veces.

George les preguntó cómo se llamaban.

—Este es mi hermano, Landry. Y yo soy Prentiss.

—Prentiss. ¿Se le ocurrió a Ted?

Prentiss se volvió hacia Landry, como si él lo supiera mejor.

—No lo sé, señor. Nací con ese nombre. Sería él o su mujer.

—Supongo que fue Ted. Yo soy George Walker. ¿No tendréis por casualidad un poco de agua?

Prentiss le ofreció una cantimplora y George comprendió que esperaban que les preguntara por ellos, que investigara

por qué estaban en sus tierras; sin embargo, la cuestión era tan nimia en su mente que le parecía que sería malgastar la escasa energía que le quedaba. Adónde iban los demás hombres le interesaba tan poco que esa indiferencia era la principal razón para vivir tan alejado de la sociedad. Tal como sucedía tan a menudo, tenía la cabeza puesta en otras cosas.

—Me da la sensación de que lleváis aquí un tiempo. No habréis... Por casualidad, no habréis visto al animal del que hablo, ¿verdad?

Prentiss estudió a George un momento, hasta que este se dio cuenta de que el joven dirigía más allá la mirada, hacia algún punto distante.

—Pues yo diría que no. El señor Morton me llevaba a cazar de vez en cuando y he visto de todo, pero nada como lo que usted dice. Eran aves, más que nada. Los perros volvían con los pájaros aún temblando en la boca, y Morton me hacía atarlos juntos y cargármelos a la espalda, hasta casa. Eran tantos que no se me veía debajo de las plumas. Los había que se ponían celosos de que me librara del trabajo por un día, pero no tenían ni idea. Yo prefería estar en el campo que cargar con todo eso.

—No me digas —respondió George mientras consideraba la imagen—. Qué curioso.

Landry arrancó un pedazo de carne y se la dio a Prentiss antes de coger otro para él.

—No seas grosero —le dijo Prentiss.

Landry miró a George y señaló la carne, pero George la rehusó negando con la cabeza.

Se quedaron en silencio y George agradeció que fuesen reacios a hablar. Aparte de su esposa, parecían las únicas personas con las que se cruzaba desde hacía tiempo que preferían la desnudez del momento a embadurnarlo con palabras desperdiciadas.

—Entonces, esta tierra es suya —dijo Prentiss al final.

—La tierra de mi padre y ahora mía, la que un día iba a ser de mi hijo... —Las palabras se vertieron en la noche y él cambió de rumbo—. Ahora mismo me tienen tan confundido que no sé ni hacia dónde voy. Y estas nubes malditas...

Notó que el bosque se mofaba de él y quiso levantarse en señal de protesta, pero el dolor de la cadera le tensó como un muelle. Soltó un grito y cayó de nuevo sobre el tronco.

Prentiss se levantó y se acercó con cara de preocupación.

—Pero ¿qué se ha hecho? ¿Por qué grita de esa manera?

—Si supieras el día infernal que he tenido, tú también darías voces.

Prentiss estaba tan cerca que George le oía el sudor de la camisa. ¿Qué hacía tan quieto? ¿Por qué lo incomodaba tanto de repente?

—Si no le importa, no haga ruido; aunque sea por mí, señor Walker. Por favor.

George se acordó con tal urgencia del cuchillo que el tonto tenía al lado que la hoja estuvo a punto de materializarse en la oscuridad. Se dio cuenta de que, más allá de los confines de una casa, perdido en el bosque, él no era más que un hombre en presencia de otros dos y había sido un necio al dar por sentado que allí estaba a salvo.

—¿De qué hablas? Mi esposa llamará pidiendo ayuda de un momento a otro, te das cuenta, ¿verdad?

Pero ambos muchachos miraban con fijación, desesperados, hacia un punto detrás de él. Se oyó un latigazo a un lado de George, que se giró y vio una cuerda y una roca grande haciendo de contrapeso: un lazo bien construido de donde colgaba por la pata una liebre que se agitaba unos metros más allá. Landry se levantó más deprisa de lo que a George le habría parecido posible y le prestó toda su atención al animal. Prentiss retrocedió un paso e hizo un gesto con la mano.

—No quería preocuparlo —dijo—. Es que... Todavía no hemos atrapado nada que... Hace tiempo que no comemos como está mandado, nada más.

—Vaya —respondió George mientras se serenaba—. Entonces, lleváis aquí más de lo que yo pensaba.

Prentiss le explicó que se habían marchado de la finca del señor Morton hacía una semana; se habían llevado lo poco con lo que podían cargar (una hoz que alguien había abandonado en el campo, algo de comida, el petate del camastro) y no habían pasado del lugar en el que estaban en ese momento.

—Nos dijo que podíamos llevarnos alguna cosa de las cabañas —aseguró Prentiss sobre la escasa generosidad de Morton—. No hemos robado nada.

—Nadie ha hablado de robar. Y tampoco me importa: ese bobo tiene más de lo que alguien como él podría aprovechar. Pero me pregunto por qué, la verdad. Podríais ir a cualquier parte.

—Es lo que pensamos hacer. Pero esto es agradable.

—¿El qué?

Prentiss miró a George como si tuviera la respuesta delante de las narices.

—Que te dejen tranquilo un tiempo.

Landry, que no les hacía ningún caso, había cortado unos pedazos de una rama de roble para encender un fuego.

—¿No está usted aquí por lo mismo, señor Walker?

George se había echado a temblar. Habló del animal, de cómo había llegado hasta allí siguiéndolo, pero el ruido que hacía Landry cortando leña le hizo perder el hilo y se encontró, tal como le sucedía desde el día anterior, reflexionando sobre su hijo. Cuando el chico era más joven, recorrían el bosque juntos y cortaban leña y jugaban como si en casa no los esperase una chimenea siempre encendida. Con esa ima-

gen vino un torrente de recuerdos, los pequeños momentos que habían forjado su vínculo: acostarlo por la noche, rezar sentado a la mesa con él, los gestos vacíos y los guiños que se hacían como si fueran secretos susurrados al oído, mandarlo al frente con un apretón de manos que debería haber sido mucho más. Al final, esos momentos se disolvieron al llegar al rostro del mejor amigo de su hijo, August, que los había visitado esa mañana con la noticia de la muerte de Caleb.

Se habían reunido en el pequeño despacho de George. August se parecía mucho a su padre: el mismo pelo rubio, los rasgos juveniles, cierto aire regio que no tenía más fundamento que el folclore familiar. August y Caleb habían partido de Old Ox vestidos con uniformes de color nuez y las botas brillantadas, y George esperaba que su hijo regresase hecho un salvaje, embarrado y harapiento; imaginaba que Isabelle y él serían unos padres dedicados que lo cuidarían hasta que recuperase la normalidad. Teniendo eso en cuenta, la vestimenta elegante de August le había resultado indecente: la camisa amplia, el chaleco planchado con el reloj colgando libremente. Daba la impresión de haber dejado atrás el tiempo que había vivido en la guerra y eso quería decir que Caleb también formaba parte del pasado mucho antes de que George supiera que jamás volvería a ver a su hijo.

Mientras August estaba sentado delante de la mesa de George, este no había podido separarse de la ventana. El joven le dio el parte de las heridas que había sufrido: un mal tropiezo durante una patrulla que había hecho que lo licenciasen una semana antes, el primer día de marzo. Que George alcanzase a ver, August estaba del todo sano y supuso que su padre había pagado para ponerlo a salvo en un momento en que la guerra, que daba sus últimos coletazos, se había recrudecido. Pero esa sospecha no tenía ningún peso en comparación con el motivo que lo conducía hasta ese momento. Hasta

esa habitación. Así que August empezó a hablar y, ya con la primera palabra que pronunció, George captó lo vacías que eran las declaraciones del chico, la teatralidad de su discurso, y se lo imaginó en su pequeña carreta de camino a la finca, repasando todas las frases, todas las sílabas, a fin de conseguir el mayor efecto posible.

Le dijo a George que Caleb había servido con honor y que había recibido la muerte con dignidad y valentía, que Dios le había concedido una marcha tranquila. Caleb había rondado con ese chico desde que eran los dos tan pequeños que ninguno le llegaba a la cintura; George se acordó de la vez que, tras correr a jugar al bosque, Caleb volvió tan abochornado y August tan lleno de dicha que George entendió que el contraste era el resultado de algún tipo de competición, una ocasión que podría dar pie a una lección moral. «Acepta la derrota como un hombre», le había dicho George. Pero, más tarde, al ver que Caleb no quería sentarse a cenar y se dolía solo de pensarlo, le bajó los pantalones. El niño tenía el trasero cubierto de rajas, algunas que aún sangraban y otras magulladas, de color morado. Caleb le refirió el juego que había ideado August, que se llamaba «el señor y el esclavo», y que durante la tarde cada uno había asumido el papel que le correspondía. El dolor no era por las heridas, continuó Caleb, sino por el hecho de que no podía ocultarlas, por si su padre se lo contaba al de August. George tuvo que jurarle que le guardaría el secreto.

De pie en su despacho, George suspiró y le dejó claro a August que sabía que mentía. Su hijo podía atribuirse muchas características, pero la valentía no era una de ellas. Ese comentario fue todo lo que hizo falta para que la actuación de August perdiera lustre; a partir de ahí, se le trababa la lengua, cruzaba las piernas y miraba la hora, desesperado por escapar de allí, pero George no se lo permitía.

No. Su hijo había muerto. Y él merecía saber la verdad sobre lo que había sucedido.

George no había visto a Landry prender el fuego que tenía delante, pero la luz de las llamas se hizo con aquel rincón del bosque y dibujó la silueta del hombre grande, que cogió la liebre despellejada y espetó el cuerpo ensangrentado con la punta de una rama que había limpiado para asarlo. Las nubes se habían abierto y el cielo estaba lleno de estrellas tan claras, tan magníficas, que era como si las hubieran colocado para ellos tres.

—Debería volver a casa —dijo George—. Mi esposa estará preocupada. Si me pudierais echar una mano..., os lo compensaría.

Prentiss ya se había levantado a ayudar.

—O sea, os podríais quedar aquí, si queréis. Una temporada.

—No nos preocupemos por eso todavía —contestó Prentiss.

—Y quizá os pueda ayudar con alguna cosa más.

Sin hacer caso de George, Prentiss lo cogió por debajo del brazo y lo levantó de golpe, antes de que le doliese la cadera.

—Venga, así, despacio.

Caminaron compenetrados entre los árboles y Landry los siguió. Aunque George necesitaba mirar las estrellas para orientarse, a duras penas conseguía echar la vista al frente para no caerse, para no dejarse llevar por el dolor. Apoyó la cabeza en el hueco entre el pecho y el hombro de Prentiss y permitió que él lo mantuviese erguido.

Al cabo de un rato, le preguntó si sabía dónde estaban.

—Si esta tierra es suya, como usted dice, he visto su casa —respondió él—. Es muy bonita, ¿verdad? No está lejos. No está nada lejos.

George se dio cuenta al llegar al claro de hasta qué punto se había agotado. De repente, la noche que momentos antes aún

estaba suspendida en el tiempo se desplegó ante él; la realidad se presentó en la forma de su cabaña de madera, que se alzaba ante él, y de la silueta negra de Isabelle, pues no podía ser otra cosa, tallada entre las sombras de la ventana de delante.

—¿Podrá llegar? —le preguntó Prentiss—. Será mejor que a partir de aquí siga usted solo.

—¿No podemos esperar un momento más? —le pidió George.

—Tiene que descansar, señor Walker —arguyó Prentiss—. No debería estar aquí fuera.

—Ya, es cierto. Aun así...

Eso no era propio de él. Debía de ser la deshidratación. Sí, estaba desorientado, un poco confundido, y las lágrimas no eran más que un síntoma del aprieto en el que estaba. Y fueron solo unas pocas.

—No estoy en condiciones. Disculpa.

Prentiss aún lo sujetaba. No lo soltó.

—No he... Es que no se lo he dicho, es por eso —dijo George—. No he sido capaz.

—¿El qué no le ha dicho?

Y George pensó en la imagen con la que August lo había dejado, la de su chico abandonando la trinchera que había ayudado a construir, presa del pánico hasta el punto de ensuciarse los pantalones, acobardarse y echar a correr hacia la línea unionista como si fuesen a apiadarse de sus gritos de terror, como si fuesen a verlo a través del humo denso y aceptar su rendición en lugar de matarlo a tiros como al resto. Se le ocurrió que quizá Caleb hubiera heredado de él alguna deficiencia. Al fin y al cabo, ¿quién era más cobarde? ¿El chico por morir sin coraje o George por no ser capaz de decirle a la madre del chico que no volvería a ver a su hijo?

—Nada —contestó George—. He estado solo durante periodos tan largos que a veces hablo solo.

Prentiss asintió con la cabeza, como si sus palabras enerrasen algún razonamiento.

—Sobre ese animal del que me hablaba, el señor Morton me enseñó algún que otro truco con los años. A lo mejor mañana puedo echarle una mano y lo buscamos.

Se compadecía de él. George, consciente de la paradoja implícita en el hecho de que un hombre que vivía con tan poco fuese caritativo con él, se enderezó y aprovechó la poca energía que le quedaba para recuperar la compostura.

—No hace falta.

Miró a Prentiss de arriba abajo, pensando que quizá esa sería la última vez que se verían.

—Agradezco mucho la ayuda, Prentiss. Eres un buen hombre. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Walker.

George renqueó hasta los escalones; el frío ya se le iba de los huesos incluso antes de que se abriese la puerta y el calor del fuego lo alcanzase. Durante un instante mínimo, antes de entrar, volvió a mirar hacia el bosque: oscuro, en silencio y carente de vida. Como si allí no hubiera nada.